

TIERRA CONTRAFUTURO



LUIS CARLOS BARRAGÁN CASTRO



minotauro

TIERRA CONTRAFUTURO

LUIS CARLOS BARRAGÁN CASTRO

minotauro

María del Carmen Saavedra

Doña María del Carmen estaba lavando la ropa cuando vio el objeto volador atravesando la atmósfera. Era una masa incandescente con una forma abstracta que se deshacía como un puñado de arena en un estanque, como una antigua pelota de fútbol de fuego, rota, dando tumbos por el cielo y dejando un dramático chorro de humo blanco. Se dio la bendición: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Qué es eso tan horrible, Virgen Santa?”. El choque supersónico se escuchó un rato después. BUUMMM. Los vecinos gritaron. Las alarmas de los carros se activaron. Las guacamayas del patio enloquecieron, aleteando violentamente contra los lados de la jaula en la que vivían. Doña María entró a la casa, todavía cubriéndose los oídos y notando que las ventanas vibraban; su hermana estaba hablando por teléfono con un dedo en la oreja que tenía libre. El televisor estaba encendido, pero ella no le ponía atención, estaba concentrada en lo que le decían al teléfono. Doña María le subió el volumen al televisor, estaban pasando las primeras imágenes satelitales. Un colombiano que trabajaba en la NASA estaba diciendo por videollamada que el objeto que estaba ingresando en la atmósfera venía de la constelación de Bootes, posiblemente de Arcturus, la estrella más brillante, e iba a caer en algún lugar de la selva del Vaupés. Doña

Clemencia, su hermana, seguía concentrada en el teléfono, así que Doña María se lo quitó de las manos.

—¿No ve que va a caer un meteorito en la selva?

—Agarraron a su hijo robando —dijo Clemencia preocupada.

—¿Qué?

—Así como lo oye. Yo se lo dije, hija, usted malcrió a ese muchachito. Nunca lo puso a hacer oficio, siempre a darle el almuerzo en el cuarto y a consentirlo.

Doña María no entendía cómo ambas cosas podían estar sucediendo al mismo tiempo, pero en ese momento su instinto maternal estableció las prioridades: ni una nave espacial ni una aparición refulgente de la mismísima Virgen la distraería. Al principio no podía creerlo, era como si las palabras todavía no tuvieran significado y estuvieran revoloteando en la antesala de su cerebro.

—¿Cómo así? ¿A quién robó?

Julián era un chico gordo, alto, muchísimo más alto que la mamá y que la tía Clemencia. Había agarrado el vicio del cigarrillo a los doce, y su infatigable sed casi hizo quebrar el negocio de refrescos, cervezas y postres que habían abierto en el garaje de la casa. Todo iba perfecto hasta que Doña María del Carmen se enteró de que Julián había comenzado a salir con unos muchachos que decían demasiadas groserías, y con ellos empezó a agarrar maña y calle, tomando cerveza y fumando marihuana en vez de ir a la escuela. Esa fue la primera vez que alguien le rompió el corazón, porque a nadie, ni siquiera al papá de Julián, se lo había entregado. Doña María había encerrado a Julián, le había mostrado lo herida que estaba, pero Julián solo miraba de lado, como diciendo: “Me importa un bledo”.

—¿Es que acaso nosotros le enseñamos esas mañas? No quiero que ande más con esos muchachos. Y si prefiere irse a vagabundear con ellos, yo a usted ya no le doy nada. Pero ¡nada!

Apenas se graduó del bachillerato lo obligó a meterse a estudiar algo, y como era bueno en matemáticas entró a Economía en

la Universidad de Antioquia. Además, para no pagar arriendo, se fue a vivir a Medellín con su tío Armando, el hermano de María del Carmen y Clemencia.

Clemencia miró el televisor, el cual mostraba una figura fulgurante atravesando el cielo a toda velocidad. Luego miró de nuevo a su hermana María del Carmen, todavía furiosa.

—Armando lo grabó. Activó una cámara en el cuarto y, mientras se bañaba, Julián entró y le robó plata de la mesa de noche. Lo tiene en video. Va a venir acá a Florencia, dice que viene en la moto.

María del Carmen ya no pudo poner atención a las noticias, aunque aún en la tarde vociferaban sobre el estruendo supersónico que rompió los vidrios de todas las casas en la trayectoria. Se registró que en los hospitales de San José del Guaviare, Calamar, Puerto Palermo y Miraflores, todas las mujeres embarazadas abortaron en las horas siguientes. Lo reportaron en Mocoa y los videos que le tomaron desde Sibundoy aparecieron en la emisión de la noche. Doña María se sentía mareada, como si le hubieran dado con un sartén en la cara o como si fuera a darle un ataque al corazón. Las imágenes de una explosión que parecía una bomba atómica no la hicieron ni parpadear. La explosión se llevó varias hectáreas de selva e iluminó el cielo de los alrededores de Mitú con un destello rojo. Una bola de fuego inmensa se extendió en una onda de choque que sacudió toda la selva, chispeando blanco en el núcleo del impacto. Los helicópteros no tardaron en sobrevolar la zona, y en todo el planeta no se habló de otra cosa. La luz blanca y púrpura de un fenómeno psíquico expandiéndose por las hectáreas de la selva apenas le hicieron ponerse las manos en la boca y luego se dio cuenta de una relación poética: su hijo le había clavado un puñal en el corazón, así como esa maldita cosa se había clavado en el corazón del Vaupés. Nunca en esa familia se había escuchado de alguien que fuera ladrón. ¡Nunca!

Todo el día estuvo pasmada, con el labio temblando. Los vecinos que fueron a la tienda a comprar cervezas entraron asustados por lo que había pasado en Mitú: “Lo más probable es que el pueblo entero haya desaparecido”. Cincuenta mil personas con sus tierras habían sido borrados del mapa en un instante.

—Señora María, ¿cómo me le va?

—Bien, don Gerardo, ¿qué va a llevar? —respondió con la mirada distante mientras se comía la uña del dedo índice.

Puso las cosas que no eran en la bolsa que no era: el chorizo de uno se lo dio a otro, le dio pan viejo a alguien porque no se dio cuenta de que estaba en el lado incorrecto del estante y, por no estar mirando, se le cayó una cerveza. Le tocó agacharse a recoger todo, con ese dolor de espalda que a veces le daba.

Así como lo anunció, el tío Armando viajó en su moto desde Medellín hasta Florencia, tardó un día entero en llegar y apareció doblando la esquina a la mañana siguiente después de conducir toda la noche. Hacía un calor terrible y lo recibieron con una limonada. Armando estaba lavado en sudor. Dijo que estaban moviendo a todas las fuerzas del Ejército Nacional por aire y tierra para hacer un perímetro cerca de la explosión; en la carretera había visto muchos camiones llenos de bachilleres, baterías antiaéreas que iban a transportar hasta el río Vaupés y aviones que volaban hacia el epicentro para dejar caer miles de paracaidistas. No había carretera entre el centro del país y la capital del Vaupés. Era una región olvidada y aislada, apenas aprovisionada con un avión semanal con productos importados, y donde la conexión a internet era tan mala que eso de ver películas por *streaming* todavía no se conocía. Armando llegó muy emocionado por lo que estaba pasando en el oriente del país. Sus hermanas no habían prendido el televisor, eso solo lo hacían al medio día y a las ocho de la noche para ver *La Rosa de Guadalupe* y los noticieros. Así que no se habían enterado. Fue él quien les contó la noticia más emocionante de la historia humana.

No era un meteorito, sino una nave espacial: una estructura oval, un enorme huevo irregular de un material oscuro con motores de una tecnología desconocida. Era una verdadera maravilla que estuviera casi completo, enterrado en el limo espeso de la selva en la mitad de un cráter completamente circular. Un derrame de cierto tipo de radiación, que los satélites no podían especificar, hacía resplandecer el lugar; aquella luz, aventurarían algunos medios amarillistas, iluminó las pesadillas telepáticamente ordenadas que todos soñaron la primera noche, una sensación de felicidad maniática y enfermiza. En la televisión: un montón de entrevistas a las personas que lo habían visto, gente que había perdido a sus seres queridos en Mitú, las abuelitas que se quedaron allá, los grandes amigos de parrandas que vieron un último destello antes de convertirse en ceniza. El presidente dio un discurso sobre la biodiversidad del Vaupés, de la valoración de los daños y los planes de los organismos de protección del medio ambiente; juró que iba a destinar muchos recursos para mitigar la crisis. Sobre la presión extranjera, dijo que no pediría ayuda a menos que fuera necesario.

Durante el almuerzo solo hablaron de la nave y sus ocupantes, de las posibilidades de que vinieran en son de paz o en son de guerra; María del Carmen casi había olvidado que su hijo era un ladrón. Cuando se acabó el almuerzo, Clemencia se fue a atender el local, Armando sacó su celular y le mostró a doña María el video de su hijo violando el séptimo mandamiento: un plano de la habitación, Armando cubierto con una toalla organiza la cámara, y luego se va al baño. Como ahí no pasaba nada, adelantó un poco el video: Julián entra a la habitación, busca algo en la mesa de noche, guarda unos billetes en su bolsillo y sale. Armando detuvo el video.

María del Carmen tenía las manos sobre su boca. No podía creerlo. Sentía que el mundo le daba vueltas, comenzó a respirar aceleradamente. Aunque Julián le había robado a Armando, la

ofensa era contra ella. Esto era un ultraje cometido directamente a todo lo que ella le había dado: el tiempo, la dedicación, los desayunos, los permisos para que fuera a jugar, a irse de fiesta, y las veces que le permitió no ir a la escuela.

—Cálmese. Tome aire.

Armando guardó su celular y continuó:

—Y parece que ha estado robándole a Ling Ling también, pero eso no hemos podido comprobarlo.

Ling Ling era la esposa de Armando. Una mujer delicada como una porcelana que hablaba muy poco español, pero ellos se entendían en chino. A ella se le habían desaparecido cien mil pesos, dos relojes de oro y un pocillo.

—No le hemos dicho nada a Julián, queremos hablar esto todos juntos como una familia. Él no sabe que nosotros sabemos.

Armando pudo ver cómo su hermana sufría una transformación, su cara estaba petrificada. Doña María sentía que el mundo estaba diciéndole: “Mira, observa cómo nada de esto es para ti. Estar en casa, lavando platos y restregando ropa. Eso es todo a lo que puedes aspirar”. Cuando Julián se fue a estudiar a la universidad, María comenzó a tener sueños intensos sobre cierto tipo de éxito: Julián se gradúa con honores. Julián compra un carro. Julián se lleva a la mamá a la capital. Pero ahora que había visto el video, era como si Julián mismo le estuviera enseñando una lección: “Aprende tu sitio en esta tienda de esquina, aprende la lección de tu lejanía, de tu aislamiento, porque acá te vas a quedar. Esta es tu distancia, tu pobreza y tu impotencia”.

Armando se quedó mirándola en silencio. María trató de hablar entrecortada y dolorosamente:

—Ese ya no es mi hijo. Para mí ya está muerto.

Samuel Rojas

Sami almorzaba sin ver el televisor del restaurante. No quería volver a su oficina, se sentía minúsculo, incapaz de defenderse de su jefe. Cuchareaba distraído. Un helicóptero en la pantalla lo sacó de su ensimismamiento y su odio. La aeronave del noticiero sobrevolaba un cráter enorme con un artefacto negro y curvo en el centro. El humo y un brillo cambiante impedían ver los detalles.

Sami era un tipo albino, blanco, tan blanco que hasta su vello púbico era blanco. Estudiaba en la misma universidad que yo, y lo veía de vez en cuando con sus ojos rosados llenos de locura. Nos saludamos dos o tres veces antes de que ennoviara con mi mejor amiga: Mafalda, la chica alta de Derecho que siempre se vestía con faldas largas o vestidos de flores amarillas. Intentaban ser vegetarianos, pero todos sabían que Sami se escapaba para comer chorizos grasientos con arepa de los venezolanos para luego decirle mentiras a Mafalda. Todos mentían, ahora lo sé: todos los que se dejaban la barba y hablaban del calentamiento global querían ser empleados, comprar cosas en empaques plásticos y conseguir un apartamento en lo que antes había sido una reserva natural. Todos añoraban vivir en comunas hippies haciendo canastas de mimbre, pero no se arriesgaban y terminarían haciendo un préstamo para estudiar en el exterior. Los sueños se limitaban a estudiar una

maestría y a esperar que nadie se enterara de las cosas ilegales que hacíamos para sobrevivir. Era cuestión de esperar. Como Sami, que además de ser el asistente de un profesor que lo trataba mal, tenía un negocio en internet de venta de conejos en vía de extinción, los cuales criaba en su apartamento alquilado y enviaba por correo. Lo más divertido de Sami, y eso que no lo conocí íntimamente, al menos no en ese momento, es que siempre que hablaba hacía unos soniditos como de ratoncito, especialmente en sus discursos más revolucionarios: “Shk shk shk, la opinión pública no es la opinión pública, shk shk shk, la democracia no es democracia, shk shk shk, porque sin una población educada no es más que un abuso de la estadística”. Además: “Seguimos siendo una colonia española, shk shk shk”. Si se ponía filosófico: “Las personas no son personas”, “toda forma de arte es completamente falsa, shk shk”, “Kant es el único que completa el modelo del universo de Copérnico” y “el liberalismo postmoderno no es más que libre comercio con publicidad anticapitalista falsa, shk shk shk”. Sami tuvo que aprender una de las lecciones más duras de la vida cuando lo echaron de la casa en Tunja, hace años, y tuvo que llegar a Bogotá sin un peso, pero nunca habló de eso, solo decía que lo mejor era intentar reírse de todo, porque al final la vida solo era un juego cruel sin propósito ni ganadores ni perdedores. En su tiempo libre tocaba la guitarra cantando cosas que no tenían sentido y riéndose de sí mismo. Era cierto: Sami era un perdedor. Nadie daba un peso por él, nadie quería ser como él. Era un perdedor albino y de ojos rosados, lo único envidiable era su novia.

Y luego estaban los rumores más emocionantes, rumores derivados de su participación en las asambleas estudiantiles, de sus diatribas políticas pseudoproféticas mezcladas con el “shk shk shk”. Eran solo chismes, información improbable: decían que era un capucho que pertenecía al frente anarquista y que tiraba piedras durante las manifestaciones, lo cierto es que cuando se tomaba la palabra siempre le daban un aplauso al terminar. Tenía labia, eso sí.

Mafalda, la novia de Sami, era mi única amiga. Desde pequeña era irónica y le interesaba criticarlo todo, y ahora que estaba grande, quería lanzarse a la política. Pero en los últimos días dejamos de hablar de política, las conversaciones eran solo sobre Sami y su nuevo plan: volverse un mochilero punk y largarse a buscar los extraterrestres del Vaupés. Mafalda lo había tomado muy mal. El día en que se estrelló la nave, Sami llegó a casa totalmente frustrado con su trabajo, con su carrera y con su vida:

—¿Sabes qué? Me voy, no me aguanto esta puta ciudad —dijo después de abrir la puerta de un golpe. En su dramática entrada pisó un conejito sin querer y se quedó mirando el reguero de sangre bajo su zapato de puntera—. ¡Qué mierda! Hasta los conejitos están sufriendo.

Mafalda lo miró con los ojos entornados, pero supuso que era uno de sus tantos malos días.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio. Una semana para organizar todo, vender los conejos y me voy.

—Sami, pero sacamos este apartamento hace tres meses. Entonces, ¿a la mierda nuestros planes?

Intentando recoger lo que quedaba del conejito, Sami se agachó y se quedó callado. Ella siguió hablando:

—Esto debería ser una decisión de los dos, ¿no? Eso es lo que hacen las parejas.

Pero Sami no la escuchaba. Había sido una semana horrible, una semana de mierda en la que a Mafalda le había ido bien, muy bien: estaba haciendo una alianza con el partido Ambientalista, su tutor de tesis doctoral la amaba, había publicado un artículo en un *journal* de Ciencia Política, políticos famosos estaban felicitándola y había tenido un almuerzo con miembros del partido para presentar propuestas de consejería. Todos los días ella llegaba sonriendo. Todos los días Sami le respondía con una sonrisa falsa que le quemaba desde los labios hasta el estómago de envidia.

—Nena, eso está muy bien, que alegría. Eres una dura. Yo sé que vas a ser tremenda.

Pero Sami se reprochaba en voz alta cada vez que estaba solo: “Ella es mejor que tú, Sami. Eres un idiota. ¿Cuántas cosas has logrado en tu vida, menos quince?”.

Una vez, Mafalda entró al baño mientras él hablaba solo:

—Soy tan perdedor, soy tan inútil. ¿Cuándo voy a hacer algo?

Sami estaba quitándose el champú de los ojos, cuando los abrió la vio ahí, cepillándose los dientes. No dijo nada, ni él ni ella. Ignoraron el tema por varias semanas, hasta que una vez, después de haber tomado aguardiente, Sami le dijo:

—¿Por qué siempre llegas con buenas noticias, y yo, con malas? Soy una caricatura. Solo me falta resbalarme con una cáscara de banano.

Mafalda intentó tranquilizarlo:

—Solo tienes que definir qué es lo que quieres y luego hacerlo. Solo tienes que, ya sabes, ser optimista.

Sami se quedó mirándola de una forma que, en ciertas ocasiones, o bajo cierto tipo de iluminación, habría parecido odio. Ella sabía lo que Sami creía sobre el pensamiento positivo: le parecía ridículo.

—Dile eso a la gente de Siria que perdió a su familia, a ver si un día reaparecen sonriendo. ¡Tan boba!

Sami explotó cuando Mafalda le respondió:

—Nadie es responsable de si nace pobre o rico, pero todos son responsables de si mueren pobres o ricos.

—¡Eso es lo más clasista e irresponsable que has dicho! —gritó mientras sus ojos rosados vibraban sin control.

—¡Lo que pasa es que no quieres cambiar!

—Solo una idiota diría algo así. Deberías saber que hay gente más privilegiada que otra, como tú, pero ni siquiera reconoces eso. ¡Y eso que te gusta Camilo Torres!

Por eso comencé a admirarlo. Por eso empezó a gustarme. A mí me tocó ser una mujer gorda que espiaba vidas ajenas, me tocó ser una mujer resentida por no tener una mejor educación ni un mejor cuerpo. Ni siquiera podía vestirme como quería, solo como me tocaba. Mi privilegio no daba para contar mi propia vida, sino la de los demás.

Cuando Sami se arrodilló para tocar el cadáver caliente del conejito, Mafalda le preguntó:

—Entonces, ¿a la mierda todos nuestros planes? ¿Y la maestría? ¿Vas a dejarla así?

Sami acarició las vísceras del conejo, se untó la mano de sangre, jugó con ella como si no entendiera la muerte y respondió:

—Sí, a la mierda todos nuestros planes, a la mierda mi trabajo y a la mierda la maestría. Ni siquiera entiendo por qué estás con un perdedor como yo.

Y Sami se fue. Se convirtió en lo que quería ser: un mochilero punk. Cuesta coraje tomar una decisión así, o no tener nada que perder. Los papás de Sami no le hablaban hace años, sus amigos se habían reducido y ahora sus compañeros eran los del trabajo, todos buscando una carta de recomendación de un profesor para una universidad mejor. En ese mundo nadie conoce a nadie, nadie es amigo de nadie. Le tenía miedo a la gente *cool*, le tenía miedo a las personas que se sentían cómodas con sus cuerpos y sus vidas. Sami estaba transformándose. Lo vi en una fiesta de la gente de Ingeniería, bailando música que no era para bailar, quitándose la camiseta, drogándose con todo lo que encontraba, autodestruyéndose y buscando peleas con cualquier tipo que se encontrara. De lo único que hablaba era de dormir en las calles y de amanecer bajo un puente, como si eso fuera lo mejor a lo que uno pudiera aspirar. Quería destruir los medios de producción, quemar las tiendas *chic* de ropa cara, orinarse en las hamburguesas de cadena, reírse de las horribles serenatas de cumpleaños, de

los centros comerciales con descuentos por el día de la madre, de los músicos que contrataban en el bingo de las iglesias. Todo eso. Todo. Esa noche hablamos en la fiesta: entré al baño y lo encontré llorando frente al espejo.

—Hola, Tamara. ¿Qué onda? —dijo mientras se limpiaba la cara con la manga de su saco.

—Me llamo Talula, no Tamara.

—Perdón, Talula, ¿cómo estás? —Apenas me miró, seguía concentrado analizando su rostro, sus ojos rojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—Nada, parece, problemas en la casa.

—Okeey. —Giré los ojos como diciendo: “Lo que tú digas, Sami”.

—La verdad es que quiero destruir todo. Todo este sistema. Quiero cambiar todo. Quiero quemar todo. Quiero matar a todas las personas en esta fiesta.

Nos quedamos en silencio, notó mi cara de terror.

—Tranquila, no voy a hacerte nada —remató sonriendo, como si hubiera estado bromeando, y salió del baño—. Nos vemos por ahí.

Después de años de analizarlo, puedo concluir que Sami debía canalizar su energía y su frustración para no convertirse en un asesino serial, por eso se puso el objetivo de irse en una semana: vendió los conejitos a mitad de precio, buscó compañero de viaje, pero no encontró a nadie, porque la magia de ser un vagabundo del dharma dejó de brillar y el jipismo se había convertido en tener un MacBook, ser vegano e ir a Starbucks.

Mafalda lo vio con preocupación durante esa semana, estaba sucio y sin afeitar; revisaba mapas obsesivamente, planeando qué rutas tomar para encontrar a los alienígenas. Mafalda lo miraba con tristeza. La convivencia no fue fácil. Mafalda quería hablarle y decirle que lo que iba a hacer era, primero, ridículo; segundo,

irresponsable, y tercero, totalmente desconsiderado. Mafalda me contó que mientras comían, ella no dejaba de pensar en cómo decírselo, cómo abrir la boca y decirle que su actitud la estaba afectando. Sami jamás habló del tema, solo de su viaje, de lo que iba a ver. No llevó muchas cosas: apenas una mochila pequeña, una carpa, un sleeping y su guitarra. Con la plata de los conejos se compró un pasaje a Villavicencio.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le dijo Mafalda una noche.

Mafalda se debatía entre recriminarle su irresponsabilidad y el slogan que la motivaba: *No dejes que nada te detenga de hacer realidad tus sueños*. Sabía que Sami iba a cumplir su sueño, por ridículo que fuera. Después de todo, ese mismo slogan era lo que la movía a ser representante, ministra y, tal vez, presidenta. *Que nada te detenga*. Ese NADA significaba pasar por encima de la gente, herir personas, matar, robar, partir corazones, destruir familias, dejar a niños sin padres y permitir el enriquecimiento ilícito de gobernadores pusilánimes. Mafalda prefirió quedarse callada. Sami irradiaba euforia cuando hablaba de los lugares que quería ver, y era difícil no contagiarse de esa alegría.

—Mira, Mafe, voy a conocer el raudal de Jirjirimo.

Al final de la semana Mafalda ya había hecho las paces con él.

Durante la cena del sábado, antes de su partida, Mafe se quedó mirándolo un rato. Era un hombre hecho y derecho, pero durante los últimos meses, y especialmente en la última semana, se había convertido en un adolescente.

—Sami, ¿cuánto tiempo vas a estar en eso? ¿Cuánto crees?

—No tengo la más mínima idea. No sé. Podría irme a vivir a la selva por años.

—Entonces creo que lo más sensato es que terminemos, ¿no? No es justo contigo ni conmigo que tengamos esta exclusividad sexual y emocional si no vamos a estar juntos. Terminemos.

Sami la miró, torciendo un poco la boca, sabiendo que estaba caminando sobre cáscaras de huevo. Sami la amaba, la quería y le gustaba, pero ella tenía la razón.

—Mañana.

Mafalda no entendió la respuesta.

—Mañana terminamos. Nuestra relación dura hasta mañana en la mañana. Tú tienes todo el derecho a salir con quien quieras y yo tengo que seguir mi camino. Y luego veremos si nos volvemos a encontrar.

Mafalda pensó que tal vez la próxima vez se encontrarían en una morgue. Luego tragó saliva y como vio que a Sami parecía no importarle, ella tampoco demostró interés en el asunto. Como que “bien por ti, Sami, perro hijueputa, cómete a todos los que quieras”.

Al día siguiente le preparó un desayuno rápido de huevos y café, y bajó a la recepción del edificio a acompañarlo a las cinco de la mañana. Le dio un último beso de despedida. Tal vez Sami no era capaz de sentir empatía, no podía siquiera entender por qué Mafalda estaba sufriendo ni veía que la estaba abandonando, solo podía ver su futuro: las caminatas, los paisajes, la diversión, las aventuras. Se podía decir que no sabía amar, no entendía el cariño, no le gustaba que lo acariciaran a menos de que fuera duro y sin titubear, y no sabía qué hacer cuando alguien lloraba frente a él. Psicólogos afirmaron, tras analizar sus posturas, su forma de hablar, sus continuas obsesiones y la intensidad de sus conversaciones, que debía tener cierto grado de Asperger y que carecía de las herramientas básicas de la empatía: con seguridad estaba en el espectro autista.

Unas semanas después, Mafalda se daría cuenta, hablando conmigo, de que lo que más le gustaba de Sami era que fuera un perdedor: por contraste, sus logros se acentuaban. Mafalda sentía que era mejor que Sami y lo necesitaba para que fuera notorio, pero después de que se marchara nos vimos en un bar de

lesbianas que a mí me gustaba, y la escuché decir cosas como: “Lo que no sirve que no estorbe”, “siempre quise una verga más grande” o “no dependo de ningún hombre, de hecho, al final toda la plata la ponía yo y ya estaba cansada de los conejitos esos, olían inmundos”. No nos emborrachamos, pero vimos un show de striptease como si fuera una puesta de sol.

Un día, Mafalda llegó llorando a mi apartamento.

—¿Qué pasó?

—Sami me dejó metida con el apartamento, nena. Me había jurado que iba a pagar su parte, pero se largó. ¡Todos los hombres son unos hijueputas!

* * *

Cuando Sami se bajó del bus, en Villavicencio, se llenó de miedo. No tenía a dónde ir, ni sabía qué hacer exactamente. No tenía dinero para un hotel, ni siquiera le alcanzaba para esos refugios pulgosos de ocho mil pesos la noche. Caminó sin rumbo, sin hablar con nadie, ocultándose del sol, porque a los albinos eso les pega duro y casi no pueden ver. Iba con su guitarra y gafas oscuras, esperaba tocar en un parque o restaurante a cambio de monedas. Los ñeritos de Villavicencio lo tenían fichado y si no es porque se detiene frente a una calle sórdida y da un giro de ciento ochenta grados, ahí habría acabado esta historia.

—Buenos días, qué bonito es saludar y ser saludado. Hoy les voy a tocar una de Aterciopelados, espero que les guste: Me gusta tu boca nanananana, quiero darte un beso nanananana...

Nadie le puso atención, como si fuera una persona de vidrio.

—Gracias por los aplausos mentales. —No produjo ni media sonrisa.

Lo intentó de nuevo en una plaza, pero corrió con la misma suerte. Un compañero de parque que vendía marihuana le habló del Vaupés.

—Uy, parcerero, usted no sabe cómo están las cosas acá con eso de los aliens.

—¿Cómo es la vuelta? —“Cómo es la vuelta” no era algo que él hubiera dicho, pero quería pasar desapercibido.

—Esto está tetiado de militares. Están trayendo un montón de aviones nuevos y tanques y no sé qué más jodas.

—Y si yo quiero ir, ¿cómo hago?

—Le toca irse a San José del Guaviare y agarrar una lancha. Creo.

Por los siguientes meses Sami se perdió en la selva. Algunos reportaron haberlo visto comiendo ñame y bañándose en los recodos del río Ariari, en la inmensidad del llano, con su tierna piel blanca llena de picaduras y enrojecida por las quemaduras tropicales. Otros mencionaron a una persona con su descripción que tocaba la guitarra en una canoa para turistas gringos que iban al etnohotel Econare Carayurú. Alguien lo vio durmiendo en una hamaca en San José, fue reportado vendiendo dulces y haciendo manillas en Puerto Otero, buscando trabajo de ruso en la Florida, tocando música cristiana en una iglesia de bodega en Calamar, y los rumores dicen que se hizo amigo de un operador de lancha con quien remontó todo el río Vaupés hasta el minúsculo caserío de Yacayaca y allá lo dejó a su suerte. A Mafalda le contaron que le robaron todo antes de llegar a Mitú, que le dio una fiebre toda rara, quizás malaria. No se sabe con certeza qué pasó, antes de que su cara blancuzca apareciera en todos los diarios del planeta Tierra.